

*Laiia de Ahumada*

# MONJAS

PRÓLOGO DE CARME RIERA

FRAGMENTA EDITORIAL

Título original MONGES

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL, SLL  
Plaça del Nord, 4, pral. 1.ª  
08024 Barcelona  
www.fragmenta.es  
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 8

Traducción del catalán JULIA ARGEMÍ

Primera edición NOVIEMBRE DEL 2011

Producción editorial IGNASI MORETA  
Producción gráfica INÈS CASTEL-BRANCO

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, SA

© 2008 EULÀLIA DE AHUMADA BATLLE  
por el texto

© 2011 JULIA ARGEMÍ MUNAR  
por la traducción del catalán

© 2011 FRAGMENTA EDITORIAL  
por esta edición

Depósito legal B. 23 468-2011  
ISBN 978-84-92416-48-6

 **institut  
ramon llull**  
Lengua y cultura catalanas

La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull



GOBIERNO DE ESPAÑA  
MINISTERIO DE CULTURA

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

PRINTED IN SPAIN

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

## ÍNDICE

|  |    |
|--|----|
| <i>Prólogo</i> , por Carme Riera   | 9  |
| <i>Introducción</i>  | 13 |
| 1 « <i>Quien ha hecho el esfuerzo de ir hasta el fondo de la propia tradición religiosa, no tiene miedo de entrar en otra</i> »<br>BERTA MENESES | 21 |
| 2 « <i>La plenitud es igual a nada, es una ausencia</i> »<br>CARME SARDÀ I TORT  | 35 |
| 3 « <i>Estar siempre dispuesta a acoger a los demás te exige mucho, es negarte</i> »<br>CATALINA TERRATS   | 49 |
| 4 « <i>Me interesa un Dios que siempre encienda más deseo</i> »<br>EULÀLIA BOFILL  | 61 |
| 5 « <i>La música tiene mucha fuerza para crear unión y comunión</i> »<br>GRISELDA COS  | 73 |
| 6 « <i>Lo que me seduce es la búsqueda de Dios que existe también en la gente de otras religiones</i> »<br>LUCÍA CARAM                           | 89 |

| 6  | MONJAS  |     |
|----|---|-----|
| 7  | «Yo he optado por bajar del tren y quedarme»<br>MARIÀNGELS SEGALÉS  | 107 |
| 8  | «No quiero nada, mi camino es el abandono»<br>MARIA LLUÏSA CORTÈS   | 123 |
| 9  | «Creo en esto de la educación»<br>MIREIA GALOBART   | 133 |
| 10 | «Soy yo quien ha optado, pero me doy cuenta<br>de que es Él quien me mantiene aquí»<br>MONTSERRAT DOMINGO                                     | 145 |
| 11 | «A cada una hay que darle lo que realmente necesita<br>para su crecimiento personal»<br>MONTSERRAT VIÑAS                                      | 157 |
| 12 | «Siempre he sentido muy cercana<br>la inserción de las personas marginadas»<br>PEPA VIGNAU  | 171 |
| 13 | «Vamos a lugares considerados extremos, en actitud<br>desarmada, sin pretender nada, acogiendo al otro tal como es»<br>PILAR SAUQUET I MUNTAL | 183 |
| 14 | «Me gusta mirar antes de empezar algún compromiso,<br>conocer el barrio, sentarme en los bancos y rezar»<br>ROSA MARIA BARBER                 | 199 |
| 15 | «En el hospital, me he encontrado acompañando a personas<br>con quienes he seguido un proceso precioso hasta morir»<br>ROSA MARIA PIQUER      | 213 |
| 16 | «Me encanta que me envíen a las casas de ejercicios,<br>porque la gente que acude allí quiere encontrar a Dios»<br>ROSA PRAT                  | 229 |

|    | ÍNDICE   | 7   |
|----|--|-----|
| 17 | «Dicen que tenemos que hacer avanzar a la Iglesia; yo digo<br>que no: tenemos que hacerla retroceder hasta los inicios»<br>ROSER GARRIGA           | 241 |
| 18 | «La calidad del amor de Dios es esta: quiere interlocutores<br>válidos, no quiere esclavos ni gente sometida»<br>TERESA FORCADES I VILA            | 255 |
| 19 | «La llamada que siento ahora es estar al lado<br>de esta inmigración a menudo tan desesperada»<br>TERESA LOSADA                                    | 269 |
| 20 | «Mi vocación está en los que ahora son los más perdidos,<br>los “malos ladrones”, que son los drogadictos, los de las cárceles»<br>VICTÒRIA MOLINS | 279 |
|    | Glosario, por Rosa Maria Piquer  | 293 |

## PRÓLOGO

*por Carme Riera*

EDUCADA POR LAS MONJAS del Sagrado Corazón, a las que guardo un enorme cariño y un gran respeto, además de ferviente admiradora de Teresa de Jesús, una de las mujeres más fascinantes de la historia española, me es muy grato cumplir el papel de presentadora o telonera del texto de Laia de Ahumada. Basado en entrevistas a veinte monjas católicas de diversas congregaciones, la autora parte de una pregunta formulada a todas por igual: «¿Cuál es tu deseo más profundo?», que le sirve de excusa para entablar conversación con ellas. Una conversación que parece «de estrado»,<sup>1</sup> como hubiera dicho santa Teresa, refiriéndose a la sinceridad y llaneza con que se desarrolla, tal vez —y vuelvo a citar a la santa de mi devoción— «porque mejor se entienden en el lenguaje unas mujeres con otras».

El proceder afable de Laia de Ahumada —por cierto, descendiente colateral de Teresa de Cepeda y Ahumada—, su saber preguntar y escuchar, propicia, a su vez, la actitud

1. En la época de Teresa de Jesús, tanto en los conventos como fuera de ellos, las mujeres solían sentarse en un estrado o pequeña tarima de madera para hablar de sus cosas.

acogedora de las monjas, cuyas respuestas me parecen absolutamente sinceras, algo muy de agradecer en los tiempos que nos han tocado vivir, en los que lo políticamente correcto corre parejo con el disimulo, cuando no con la hipocresía y el cinismo. Lo que nos cuentan Berta Meneses, Carme Sardà, Catalina Terrats, Eulàlia Bofill, Griselda Cos, Lucía Caram, Mariàngels Segalés, Maria Lluïsa Cortès, Mireia Galobart, Montserrat Domingo, Montserrat Viñas, Pepa Vignau, Pilar Sauquet, Rosa Maria Barber, Rosa Maria Piquer, Rosa Prat, Roser Garriga, Teresa Forcades, Teresa Losada y Victòria Molins, cada una a su manera, coincide en la franqueza con que se expresan. Aunque el tono de sus voces pueda ser distinto, sus palabras se parecen porque todas hablan de la llamada de Dios y, a partir de ahí, de su vínculo indisoluble con el ser que —por vía del misterio sacro— se ha convertido en esposo y amante místico.

Al terminar de leer el libro he sentido una enorme envidia de estas monjas, cuyas vidas están llenas de sentido espiritual, de fe en el Dios al que se han consagrado. Ojalá que mi agnosticismo me permitiera compartir las certidumbres que dan sentido a sus existencias y las afianzan en su fe, aunque el camino escogido por cada una a la hora de mostrar su vocación religiosa sea diferente. Para unas, la base es el diálogo interreligioso; para otras, la ayuda a los marginados, el trabajo junto a los más desfavorecidos; para unas terceras, el compromiso ético que las lleva a la enseñanza e incluso a la presencia en foros extraconventuales o, por el contrario, al recogimiento y la oración en soledad.

Pese a las diferentes procedencias sociales, edades u órdenes religiosas en las que han profesado, son mujeres inteligentes, cultas, y están al día de lo que sucede en el mundo.

Nada tienen que ver con los estereotipos con que la gente suele juzgar a las monjas.

Como muy bien escribe Laia de Ahumada en la INTRODUCCIÓN de este libro, el término *monja* y su derivado *monjil* implican connotaciones más bien negativas. Basta asomarse a internet para comprobarlo y observar, igualmente, la falta de respeto con que desde la red se enfocan muchos contenidos. En este caso, además, abundan las referencias eróticas e incluso obscenas referidas a las monjas. Un vulgarísimo tópico que, probablemente, deriva entre nosotros del personaje de doña Inés, la novicia que protagoniza *Don Juan Tenorio*, obra que a la vez hunde sus raíces en la tradición medieval y evidencia que al interés depredador de muchos hombres —don Juan sería un ejemplo estupendo— se une también el afán transgresor sacrílego: robarle a Dios lo que le está consagrado.

Apunta la autora del texto con acierto que «la historia de las monjas es una parte de la historia descarnada de las mujeres». El encierro en el convento fue una imposición de las familias de muchas mujeres, si podían pagar una dote. Peor destino esperaba a aquellas que sin dote y sin marido no tenían otro remedio que dedicarse a la prostitución para sobrevivir. Sin embargo, algunas prefirieron el convento al matrimonio, como Teresa de Cartagena, una de nuestras primeras escritoras, o Teresa de Cepeda, ya que en el convento eran en el fondo más libres que sometidas al yugo del vínculo matrimonial. Es probable que sor Isabel de Villena o sor Juana Inés de la Cruz no hubieran escrito ninguna de sus obras de no haber sido monjas. Contrariamente a lo que pueda parecernos ahora, no era mal lugar el convento para las mujeres españolas de los siglos XV, XVI y XVII. Basta

asomarse a las narraciones de María de Zayas, cuyas novelas tuvieron casi tanto éxito como *El Quijote*, para comprobarlo. Muchas mujeres encontraron en el convento un espacio mucho más propicio y más tolerante que fuera de él, aunque eso pueda resultar paradójico. En este sentido fueron muchos los conventos femeninos que se apuntaron a las doctrinas progresistas de Erasmo, que implicaban una vuelta a los principios del Evangelio basados en el amor. Aunque alguna feminista haya afirmado que el amor es el opio particular de las mujeres, no es menos cierto que en las doctrinas erasmistas sobre el amor muchas monjas encontraron el camino que las conducía si no hacia la igualdad con los hombres también llamados por Dios a la vida religiosa, al menos a la posibilidad de una vida espiritual íntima a su misma altura, puesto que las almas, como escribe María de Zayas, no son masculinas ni femeninas. La influencia de Erasmo en los conventos de monjas posibilitará la reforma carmelitana emprendida por santa Teresa, cuyo feminismo *avant la lettre* consigue evitar que intervengan los carmelitas en la elección de las abadesas, como se había hecho hasta entonces, y también que entren en la orden monjas iletradas. Un aspecto que algunos ligan con sus orígenes conversos y, en consecuencia, de protección a las familias descendientes de judíos, más cultas que el resto. A mí me parece que no van por ahí los tiros, sino que santa Teresa lo que desea es que sus monjas tengan acceso directo a los textos, porque ese acceso les abrirá ventanas a posibilidades antes negadas.

No cabe duda de que la historia de las órdenes religiosas femeninas es apasionante y está, no obstante, en buena parte por hacer. Ojalá que este libro sobre monjas sirva de acicate a alguna de nuestras investigadoras. El tema bien lo merece.

## INTRODUCCIÓN

ES UN TÍTULO OSADO, el que encabeza este libro, pero no se puede enmascarar bajo ningún subtítulo, porque precisamente lo que pretende es desenmascarar, eliminar pátinas, romper la imagen estereotipada que se tiene de las monjas para acostumbrarnos a la riqueza y a la diversidad que viven todas y cada una de ellas. Al fin y al cabo, es una humilde pretensión, porque no quiere demostrar nada, solo mostrar lo que viven veinte monjas católicas de diferentes órdenes religiosas, que se mueven en ámbitos distintos: la enseñanza, la acogida, el mundo de la marginación, la contemplación, el diálogo interreligioso... con una única característica común: que son mujeres, mujeres singulares, fieles a un deseo profundo que las hace vivir en plenitud.

MONJAS es un título provocador. A lo largo de la historia, las monjas han sido veneradas y despreciadas, respetadas y ofendidas, beatificadas y objeto de mofa; sobre ellas se han explicado mil y una historias —en la literatura las hay a cientos—, todas ellas inventadas por hombres que, además de enclaustrarlas entre los muros de los monasterios, a veces contra su propia voluntad, se han arrogado el derecho de despreciarlas. La historia de las monjas es una parte de la

historia descarnada de las mujeres. Y no es extraño que la palabra *monja*, y su derivado *monjil*, se haya convertido actualmente en sinónimo de *persona ñoña*; por esto también es un título confuso, porque el significado equívoco de la palabra desorienta al posible lector y le invita a buscar qué esconde la palabra, si burla o discreción, antes de escoger leerlo.

Pero, a pesar de la osadía, la provocación y la confusión, no se podía hacer de otro modo, y así lo creen todas las monjas que participan en este libro, que son conscientes de que arrastran la palabra como un estigma. Por este motivo se han prestado, valientes, para deshacer malentendidos y para defender su vocación personal, que es, en definitiva, una vocación humana.

*Monja*, etimológicamente hablando, proviene de *mónos* —de donde deriva *monaché*—, es decir, ‘sola, única, apartada de la multiplicidad, en pos de la unificación interior y de la unión con el Absoluto’; técnicamente hablando es solo la que profesa en un monasterio y lleva una vida contemplativa, pero el nombre se ha extendido a todas las religiosas que hacen votos en una orden religiosa, y actualmente la *vox populi* no hace ninguna distinción. Religiosas y monjas han ido a parar al mismo saco, y yo tampoco he hecho ningún distinguo porque, aunque su carisma es diferente, las iguala la opción por una vida religiosa, eremítica o comunitaria, y la profesión de unos votos, privados o públicos, de pobreza, castidad y obediencia. Desde la fundación de los primeros monasterios hasta las congregaciones modernas, han pasado muchos siglos que han alumbrado un buen número de órdenes religiosas femeninas —cada una con un carisma diferente, según el momento histórico—, que a menudo se han escindido, con afán reformador, para constituir otras

nuevas. En los fundamentos de cada fundación está el deseo profundo de unas mujeres por vivir lo Absoluto de una manera totalizadora, una sed de Dios que se ha manifestado en forma de renuncia y ascesis, y que ha utilizado la exclusión del mundo como un camino hacia la Totalidad.

Actualmente, cuesta reformular esta idea de renuncia y este sometimiento a la obediencia que parecen evocar tiempos oscuros de la historia. Desde los postulados contemporáneos de libertad e igualdad de la mujer, de contemplación dentro de la acción de la vida laica, se hace difícil entender que una mujer pueda escoger el hacerse monja. Nos encontramos en un momento crucial de la vida religiosa, inquietante y esperanzador al mismo tiempo: la escasez de jóvenes y el envejecimiento de la población dentro de las órdenes religiosas anuncian la fecha de caducidad de un proyecto secular.

Si nos remontamos a los orígenes de la vida religiosa, encontraremos que la primera palabra que define a estas mujeres sedientas de Dios es la virginidad. Ya desde tiempos inmemoriales, el voto privado de virginidad ha primado tácitamente por encima de la vida matrimonial y la maternidad. Durante siglos, la mujer solo ha tenido dos opciones: el claustro monástico o el claustro doméstico. Esta situación, aunque parezca de tiempos antiguos, ha durado hasta hace muy poco, y la mayoría de las monjas entrevistadas aún tienen que sufrir esta rémora de siglos; esto explica que el despertar de una llamada a la vida espiritual las hiciese escoger entre el matrimonio y el convento, sin apenas otras opciones de vida religiosa. Era impensable, tiempo atrás, que un grupo de mujeres se planteara vivir una búsqueda interior de Dios sin estar sujetas a ninguna regla. La Iglesia nunca ha

aprobado ningún movimiento religioso sin una intermediación de la jerarquía, y menos aún si se trataba de un grupo femenino al que había que vigilar mediante la figura —aún vigente hoy en día— del visitador masculino. La mujer, considerada por el hombre como un ser inferior, ha tenido que estar siempre sometida a una autoridad masculina: el padre, el marido, el hijo, el confesor, el visitador, el sacerdote. Esto explica que cualquier intento de vivir la fe de un modo libre y original fuese sospechoso de herejía y cortado de raíz o reconducido hacia una orden ya existente o hacia la creación de una nueva, siempre con el beneplácito de las autoridades correspondientes.



«¡No, no quiero ser monja!», expresaron algunas de las entrevistadas en el momento en que se les pasó por la cabeza la idea de serlo. Les horrorizaba el propósito, porque las monjas ya eran consideradas personas peculiares. Pero accedieron a ello, porque su deseo las llevaba más allá de las formas y supieron encontrar lo que las ayudaba en su búsqueda; y, a pesar de que son personas críticas, se han mantenido monjas. La gran mayoría entraron muy jóvenes en el convento, antes de cumplir los veinte, cosa que ellas mismas reconocen que es impensable hoy en día. Los tiempos han cambiado muy rápidamente, y la vida de estas mujeres es la crónica de toda una época. Muchas recuerdan las humillaciones del noviciado y cómo sublimaban la renuncia a la familia, al amor de pareja, con el convencimiento de la autenticidad de lo que habitaba en ellas y que las guiaba más allá de sí mismas hacia no sabían dónde. Por encima de todo, lucha-

ban por ser fieles a la propia conciencia. Todas reconocen la apertura que supuso en las órdenes religiosas la celebración, entre 1962 y 1965, del Concilio Vaticano II, que pretendió una puesta al día de la Iglesia para adaptarla a las necesidades de los nuevos tiempos. El aire fresco derribó las rejas de la clausura y abrió las puertas de los conventos, dejando que entrara la vida de la calle. Entonces pudieron acoger y compartir. Pudieron restablecer los vínculos familiares, salir del monasterio y estudiar, crear comunidades pequeñas, abiertas a los barrios, al trabajo con los más pobres. Fueron capaces de decidir por sí mismas su futuro y el futuro de las congregaciones. Algunas lo dejaron. Otras se cerraron aún más, por miedo a los cambios. Otras se quedaron, porque lo quisieron, esperanzadas. Lo que no cambió fue la situación de marginación de la monja, como mujer, dentro de la Iglesia, por parte de la jerarquía patriarcal. Algunas han luchado por encontrar su lugar y otras han continuado viviendo en un microcosmos donde, a la chita callando, han ido siguiendo su camino sin molestar ni ser molestadas.

En este libro solo están representadas algunas de las órdenes religiosas existentes, a veces repetidas, porque la selección se ha hecho desde las personas, no desde las órdenes a las que pertenecen. Mayoritariamente son mujeres mayores, porque la perspectiva de los años otorga al camino interior una riqueza incuestionable. Son monjas conocidas, mediáticas, podríamos decir, o monjas totalmente anónimas, de comunidades urbanas o rurales, de barrios acomodados o de barrios pobres, de aquí o de allí. Solamente establecí un criterio para la selección: mujeres que vivieran en plenitud y en cuya historia vital pudieran verse reflejadas, como en un espejo, las personas que buscan más allá de la anécdota

o de la efímera morbosidad. Quería testimonios de personas entusiasmadas por la búsqueda de un anhelo que da sentido a la vida. Por tanto, ninguna se sorprendió ante la osadía de la única pregunta: «¿Cuál es tu deseo profundo?» Pregunta compleja, medio sugerida en el primer contacto. La recibieron en silencio, y en silencio la fueron desgranando, tejiéndola con el hilo de la memoria hasta verterla en un monólogo pausado. Así, de un modo tan natural, lo que tenía que ser una entrevista se convirtió en una conversación sobre el sentido de la vida; y la entrevistadora se transformó en confidente... Desde la primera conversación me guardé las preguntas tópicas y me dejé conducir por los senderos de cada vida, intentado molestar lo menos posible. De una única pregunta surgieron respuestas diferentes, sencillamente porque cada persona es diferente. Con una cierta timidez al principio, y con atrevimiento después, se mostraron tal como eran, hablaban de lo que les apetecía y se expresaban a su manera, con unos intereses y unos momentos vitales diversos. Para algunas fue difícil superar la tensión entre el silencio y la palabra: «¿Cómo explica un enamorado lo que siente, o una madre el amor por su hijo?», me decían. Estaba presente el miedo a profanar una experiencia que no conoce palabras; el miedo a ser malinterpretada, tildada de visionaria. Y, paradójicamente, la necesidad profética de comunicar la experiencia vivida: ¿por qué callar, si alguien quiere saber?



Les doy las gracias, a todas ellas, por el esfuerzo por no callar, por abrirse y compartir. Yo me he limitado a escuchar,

transcribir y reelaborar los materiales de las conversaciones. Ha sido un trabajo intenso de búsqueda en pos de la manera más fidedigna de transmitir la riqueza que me había sido confiada. Esto lo ha convertido en un libro que, trabajado con los parámetros de un estudio científico, se ha reelaborado desde el corazón, poniendo un especial cuidado en el trabajo del lenguaje, para que llegase a la imprenta con toda la espontaneidad del diálogo, y, de este modo, permitir al lector saborear cada conversación como si hubiera estado presente. En el aspecto literario, ha sido necesario reorganizar materiales orales, en los que los recuerdos se remontan sin tiempo; y, por último, además, la confrontación del texto con cada una de ellas y las correcciones hechas sobre el papel, a través del correo postal o electrónico, que fueron tejiendo complicidades.

Todo el conjunto ha sido un camino iniciático, tanto por las apasionantes conversaciones como por el trabajo de elaboración del texto, que me hacía revivir la expresión de cada mirada. He tenido ocasión de visitar paisajes recónditos a donde nunca se me habría ocurrido ir. He traspasado los muros de los monasterios que había visto de lejos. He sido acogida, obsequiada con la amistad de la confianza.

Tengo el convencimiento de que una golondrina no hace verano, pero muchas golondrinas como estas pueden transformar un paisaje.